

Arte y naturaleza

Reflexiones a partir de la exposición 7 ríos en 49 imágenes

Mariángela Aponte



“No hay pólipo ni camaleón que pueda cambiar de color tan a menudo como el agua”.

El Derecho de soñar, Gaston Bachelard

Corre el agua, un curso interminable. Fluir. Devenir. Vida. Metro a metro corre a encontrarse con el mar. El río. Una bocanada ligera y abrasadora. El sonido de la vida que cruje con la corriente sobre las piedras que siempre han estado allí. Cambio. Regeneración. Luego viene la ciudad, las agrupaciones de personas y miles de motores crujiendo sobre el agua; desagües y canalizaciones. Un pólipo o un camaleón jamás podrían cambiar tan a menudo como el agua. El agua es el recurso natural que da la vida y al mismo tiempo destruye, quita la sed e inunda.

Mientras escribo estas líneas veo cómo llegan las luces de la navidad a iluminar el río Cali. Arriba, casi a ras de la carretera, se instalan cualquier cantidad de artefactos, pentagramas, notas musicales, flotadores con muñecos redondos y regordetes y flores artificiales de más de dos metros. Abajo, lleno de basura, un río que comienza a morir.

Hace más de un año empecé una travesía en busca del color del agua de los ríos de Cali; un color que se transforma a medida que los ríos avanzan hacia su desembocadura. He vivido 15 años a las afueras de la ciudad, soy artista y observadora. Mi casa está rodeada por ríos a los que de niña visité en mis innumerables excursiones silvestres. Hacia el sur el Lili y un poco más allá el Pance. Hacia el norte el Meléndez.

Sin equipo técnico, sin dinero y sin más conocimiento que los recuerdos de mi infancia, me lancé, una vez más, a un recorrido que me llevaría no solo a los ríos que bañan las cercanías de mi casa, sino a uno por el municipio de Cali. Con esta motivación llegué a la CVC (Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca) cuyos directivos en la Dirección Administrativa Regional del Suroccidente apoyaron mi iniciativa artística. En un primer momento prestaron toda la ayuda logística para los desplazamientos que cubrieron la mayor parte del territorio de cada uno de los ríos, desde sus nacimientos hasta sus desembocaduras. Así fue como el 31 de enero de 2009 comencé mi viaje.

Guiada por Miguel Ángel Sánchez, funcionario de la CVC, caminamos cerca de tres horas por las montañas del oeste de Cali hasta llegar a un lugar llamado “Juntas”, dónde se unen el río Pichindé y el río Felidia para conformar el río Cali. A esa altura el agua del río avanzaba cristalina dejando entrever las piedras y el fondo. Más abajo encontré la primera toma de agua del acueducto que nutre el oeste y el centro de la ciudad. A la altura del CAM noté que su olor característico comenzaba a aparecer. Ese día llegamos hasta Floralia, en donde el majestuoso río se convierte en un caño en el que nadan plácidamente canastos llenos de basura y en donde casi me roban la cámara fotográfica.

Armada con mi ímpetu observador, mi cámara y enlodada hasta la cintura, comencé 6 meses de intenso trabajo. Hasta ese momento no tenía nada escrito, no había investigación y mi única pesquisa era la vaga idea de las imágenes que flotaban en mi cabeza como premoniciones obvias del estado de las fuentes hídricas de mi ciu-

“Quería registrar el movimiento del agua, detener las pequeñas gotas y ver la transformación del agua y su color en el paso por la ciudad”.

dad. Viajé a pie, en carro, en bus, en lancha, acercando mi mirada incluso a aquello que me producía asco.

Mis intenciones artísticas no estaban dirigidas a hacer un retrato de ciudad o de sus habitantes, sólo quería registrar con el lente de la cámara el movimiento del agua, detener las pequeñas gotas como un suspiro y ver la transformación del agua y su color en el paso por la ciudad. Sin embargo, lo que ignoraba era que estas imágenes, aunque no mostraran personas o espacios identificables, sí constituían un retrato de la ciudad y de sus habitantes.



Hacia los ríos enviamos lo que nos sobra, desperdicio y exceso. Los ríos se llevan nuestra memoria residual al mar, todo lo que somos y lo que hemos podido ser. Sobre nuestros ríos colombianos, que alguna vez fueron importantes vías de transporte y comunicación, han nadado cadáveres que la violencia ha dejado.

Hoy Cali es la tercera ciudad más poblada de Colombia. Según datos históricos fue fundada el 25 de julio de 1536 por Sebastian de Belalcázar en el territorio entre Vijes y Riofrío. Durante mucho tiempo el territorio que hoy conocemos como la ciudad de Cali era un terreno pantanoso que estuvo ocupado por las haciendas Cañaveralejo, Meléndez, Chipichape, Pasoancho, Arroyohondo, Cañasgordas y Limonar, pertenecientes a españoles que traían esclavos para trabajar en la ganadería y en los cultivos de caña de azúcar; razones muchas para asentar sus haciendas en territorios bañados por ríos que servían como riego para las plantaciones y líquido vital para los animales.

En 1851, bajo el mandato de José Hilario López se da “la abolición de la esclavitud”, lo que significó el fin de las haciendas del Valle del Cauca. Veintiún años más tarde, en 1870, se plantea la construcción



del acueducto municipal, cuya construcción duró alrededor de 30 años. Antes de su construcción la gente en la ciudad debía abastecerse de agua usando 11 pilas, de las cuales se destacan la pila del Crespo y la pila del Peñón. En 1886 se inicia la navegación en botes propulsados por vapor en el río Cauca. En 1910 la ciudad ve por primera vez la luz eléctrica con iluminación en la plaza de Caicedo y en 1931 se crearon las empresas municipales de Cali, EMCALI.

Hasta este punto lo que hoy conocemos como ciudad era una pequeña villa en las proximidades de un río, pero durante la década de los treinta se aceleró su desarrollo hasta convertirse en uno de los principales centros económicos e industriales del país, al igual que en el principal centro urbano, cultural, económico, industrial y agrario del suroccidente colombiano.

La mayoría de los ríos de Cali nacen en sus alrededores y desembocan en el Cauca. Durante los seis meses que duró mi investigación fotográfica registré ambientes que iban desde paisajes de ensueño, como en cuentos de hadas, a paisajes de total destrucción al mejor estilo posmoderno. Fue entonces, en las montañas, en las calles y los barrios de Cali, que me di cuenta de que esta investigación fotográfica no era sólo un sentir estético, sino que tenía profundas repercusiones sobre la ciudad, los caleños, el arte y la ecología, y que lo que sabía de mi ciudad era casi nada.

Una porción de los ríos que alguna vez existieron en el territorio colombiano han ido desapareciendo. En muchas ciudades de nuestro país los ríos tutelares están destinados a ser los caños más grandes que atraviesan la ciudad, perdiendo su naturaleza, su territorio y sus características. La historia se ha encargado de recuperar los ríos desaparecidos y preservarlos en antiguos grabados, fotografías y pinturas; y en vista de que la tradición oral va desapareciendo con la entrada de nuevas tecnologías de información, también desaparece el imaginario de lo que alguna vez fueron los paseos al río.



**Reglamento para un/a caminante
inexperto/a en las montañas, bosques
y pantanos:**

1. Use bloqueador aun si no hay sol.
2. Lleve camisa larga y pantalón resistente.
3. Use repelente.
4. Use un machete para abrir camino.
5. Siga siempre las instrucciones del guía y permita que esté adelante, él conoce el camino.
6. Use botas pantaneras, acostúmbrese porque son pesadas y difíciles de llevar, o botas de caminata para montaña (con agarre).
7. Mire bien dónde pone sus pies o manos.
8. Lleve una pequeña merienda y agua.
9. Escuche los sonidos de la naturaleza. Recuerde que si hace ruido los animales se asustan.
10. Sea prudente.

“De pie frente a un paisaje, en ocasiones catastrófico pero a veces exuberantemente bello, encuentro el caos y la muerte inevitable”.

Hoy, aquellos ríos que eran fuente de frescura y símbolo de vida, se han convertido en depósitos de contaminación. Hace 8 años el Departamento Administrativo de Gestión del Medio Ambiente, DAGMA, realizó un completo estudio sobre los ríos de Cali que identificó los principales problemas, pero que no ha logrado cambiar la actitud de los gobernantes y los habitantes de la ciudad, pues hoy el panorama ha empeorado.

Entonces desde nuestro contexto y como artista me pregunto: ¿cómo percibo la relación entre los seres humanos y la naturaleza a través del tiempo? ¿Cuál es la percepción de mi ciudad y cuál es mi responsabilidad como ciudadana? ¿Cómo, desde el arte, puedo abordar temas concernientes a la naturaleza, la ecología, la biología, entre otras disciplinas?

De pie frente a un paisaje, en ocasiones catastrófico pero a veces exuberantemente bello, encuentro el caos y la muerte inevitable.

En la frontera entre los ríos muertos y los ríos vivos, recorro a la filosofía, a la literatura y al arte enfrentando el mutismo y la palabra, la ceguera y la imagen visual, el olvido y el registro en una acción impulsiva sobre el mundo. Provoco a mis ojos para que vean más de cerca lo que no quiero ver, lo que muchos no queremos ver, donde “el paisaje no es más un decorado para paseantes.”[1]

Mi necesidad como artista me lleva a pensar el paisaje de mi ciudad como una representación de manifestaciones sociales, culturales, religiosas, políticas, tecnológicas y científicas más allá de un asunto solamente concerniente a la geografía o al paisaje representado en la distancia y sin ninguna acción o reflexión. No me basta con mirar desde mi ventana. Mi acción requiere una aproximación del espectador con el paisaje, del ciudadano con su ciudad, del ser artista con su medio natural, de la sed con el agua.

Esta necesidad de cuestionar la acción del ser humano sobre el entorno no es nueva. A través de la historia del arte podemos encontrar artistas que han abordado, desde su quehacer, diversas temáticas que se desbordan hacia diferentes formas y manifestaciones. Los inicios de esta tendencia suelen ubicarse en la historia del arte en la segunda mitad del siglo XX, cuando en la década de los 60's en Estados Unidos el “Land Art” se manifiesta como una



resistencia a la sociedad de consumo, trasladando en muchos casos el centro de operaciones y materias primas al territorio natural, muchas veces fuera de la ciudad.

En Colombia, por ejemplo, Jesús Abad Colorado, fotógrafo, hace uso del reportaje gráfico para centrar su atención en los estragos que la destrucción producida por la violencia causa en los habitantes y en territorios rodeados por el conflicto armado. Por su parte, María Elvira Escallón en su trabajo “Nuevas Floras” del 2003, nos presenta unas plantas híbridas que son a la vez árbol y mueble. Según Oscar Mauricio Ardila en su análisis sobre arte y naturaleza, esta obra evoca distintas relaciones, desde las más conservadoras –que separan drásticamente la naturaleza y la cultura, como en la dicotomía natural-artificial o cultura-naturaleza– hasta aquellas que coinciden en un flujo constante entre ambas partes. En una de sus obras, Juan Fernando Herrán presenta una fotografía a color titulada “Campo M” con dimensiones de 100 x 100 cm. Esta es la fotografía de un cultivo de amapolas en Turquía. Es una imagen que oculta el drama que la flor representa para los colombianos.

Los artistas nunca están separados de su entorno. Un artista es una persona que necesita actuar en un escenario de experimentación. La distancia del artista con su entorno se reduce en términos de acción, en cómo el entorno le afecta y este a su vez afecta al entorno. Estas relaciones desembocan en formas, en muchos de los casos más que una denuncia; desde el quehacer artístico son preguntas mediadas por imágenes estéticas sobre el conflicto con la naturaleza.

Abordar temas de ecología o naturaleza implica observar de cerca el impacto que la actividad humana causa en el mundo, teniendo en cuenta que el arte no reside en el objeto sino en lo que dice ese objeto o en lo que se dice sobre ese objeto.

Desde mi particularidad me he acercado, con el lente de mi cámara y como un cíclope con su único ojo, a ese punto de intersección entre las comunidades locales que ejemplifican dinámicas globales,

enfatizándome en los intrincados ecosistemas naturales. Así ubico las raíces de políticas ambientales y políticas públicas en la construcción del conocimiento acerca de lo natural. Una cuestión que desempeña un rol en la voz científica de la sociedad contemporánea.

7 RÍOS vincula mi relación más íntima con el agua y el actual estado de los ríos de la ciudad de Cali, en una investigación que recoge un archivo fotográfico a través de un recorrido desde los nacimientos hasta la desembocadura de cada uno de ellos (Cañaveralejo, Lili, Pance, Aguacatal, Cali, Meléndez). En ellas se capturan imágenes del agua en sí, sus cambios cromáticos, el movimiento y su calidad, para cerrar con imágenes de uno de los ríos más importantes de nuestro país: el Cauca.



[1] *El derecho de soñar*, Bachelard Gaston, Capítulo XI Introducción a la dinámica del paisaje. Pág. 72. Traducción Jorge Ferreiro Santana. Fondo de cultura Económica. Colombia 1998

Mariángela Aponte

Desde los 5 años he dibujado y esta ha sido mi más grande afición. Mi búsqueda estética se ha desarrollado alrededor de técnicas como fotografía, dibujo, diseño, diagramación e ilustración basadas en la expresión, el color, y distintos tipos de composiciones. En mi trabajo se hace presente mi pasión por la figura y el cuerpo humano, la naturaleza y los sueños. La fantasía y lo surreal son una de las áreas más exploradas.